



**CAMINOS DE ARTE Y PATRIMONIO  
A TRAVÉS DEL DUERO**

**BIBLIOTECA 36  
ESTUDIO E INVESTIGACIÓN**



**ARANDA DE DUERO**  
**LA HISTORIA QUE OLVIDAMOS**

Álvaro Bonet López  
Arquitecto E.T.S.A.M. Investigador. Activista patrimonial



*“¿Qué sería de nosotros, los seres humanos, si olvidásemos todo aquello que hemos aprendido?  
¿Qué sería de la Humanidad, si no conociésemos la Historia? ¿Qué se puede esperar del futuro, si no existe un pasado?  
¿Acertaríamos a vivir?”*

Reflexión planteada en el curso de verano de la UBU, 2021.

### CONSIDERACIÓN PREVIA: LA CUESTIÓN ARANDINA

La ya amplia colección de *Biblioteca*, que publica anualmente la Biblioteca Municipal de Aranda de Duero desde hace más de tres décadas de forma ininterrumpida, es –como obra colectiva– un acto de memoria; es un acto de protesta contra el olvido; un foro de investigación donde se recogen distintos testimonios, estudios y trabajos que documentan de la mejor –o tal vez de la única– manera que existe.

Lo cierto es que atesorar el conocimiento bajo un hilo conductor –en este caso Aranda y la Ribera del Duero– con una visión heterogénea, variada, multidisciplinar, lo que produce es una suerte de caleidoscopio.

No es fácil. Aranda ha tenido una larga historia en el enclave estratégico que se halla. Pero por desgracia su crecimiento urbano se ha producido en el momento menos afortunado de la historia: cuando todavía no había conciencia patrimonial sobre conceptos como son la arquitectura vernácula, el paisaje, el conjunto urbano, el contexto. Esta desgracia ha borrado sistemáticamente la materialidad de la historia de Aranda.

La “academia” ha llegado tarde en el siglo XX a valorar lo que se podía perder en nuestros pueblos, y apenas ha logrado consolidar aquel Patrimonio que es sólo artístico. El concepto de Patrimonio si-

gue siendo todavía para muchas administraciones responsables una noción limitada. Sólo se contemplan una serie de figuras consolidadas desde hace un siglo: bien lo relacionado con lo sacro (iglesias, ermitas, capillas, colegiadas, monasterios), bien lo militar (murallas, castillos), bien arquitecturas de gran porte (palacios, grandes casas) y –con suerte– algún yacimiento arqueológico antiguo impresionante, por contener mosaicos relevantes, o alguna estructura de especial magnitud.



*Restos de la fachada de la casa blasonada en la Plaza de Santa María de Aranda. Foto del autor, 2010.*

Esto también es mucho suponer, como luego veremos, porque en Aranda hasta eso se ha perdido, si no eran bienes con un grado de conservación elevado, y si no primaban desde luego intereses urbanísticos ignorantes y brutos. En una época en la que Aranda no era tan grande y “ancha es Castilla” para construir, sin embargo, nadie pensó que el cordero o las bodegas no lo son todo para reivindicar el interés a ser visitada como localidad histórica. Por mencionar una cuestión muy específica a modo de ejemplo: en Aranda, como en casi toda España, no se ha propuesto un plan de arqueología preventiva.

Se ha fiado a un urbanismo cero consciente, cero sostenible, pero muy rentable, la transformación de una villa con cierto peso en la historia de la Ribera del Duero desde la Edad Media, que ha supuesto la erosión silenciosa, la desaparición paulatina de todo aquello que permitía apreciar el paso del tiempo en sus muros, en su propia materialidad.

Aranda mantuvo un nexo común entre sus orígenes y la primera mitad del siglo XX, una identidad basada en la memoria acumulada, que por desgracia –tras el desarrollismo y una falta total de amor propio y una ausencia total del sentido de autoconciencia– se ha roto para siempre.

Ahora quedan piezas sueltas, testimonios incoherentes, elementos descontextualizados. Una iglesia monumental, inigualable por muchas otras en la excepcional fachada que la enmarca, ha quedado, sin embargo, como un objeto perdido en un caserío que no se reconoce a sí mismo. ¿Dónde están las piedras, o el adobe, dónde la verdadera esencia de la historia?

Para los amantes del Patrimonio Cultural es triste ver el patrón repetido con mayor o menor incidencia por los pueblos de España; pero esa tristeza cala mucho más hondo cuando se trata de un lugar del que uno se pueda sentir parte, o con el que se pueda tener un vínculo afectivo. Tengo recuerdos desde mi infancia de Aranda, y la sensación de crecer, para mí, ha ido acompañada siempre de ver desaparecer los escenarios arandinos que conocí. También se han ido las personas queridas que los habitaban, y ya apenas me quedan las palabras para poder retener algo de toda esa memoria, e intentar escribirla con cariño, aunque no sin hacerlo con tono de lamento.

Esta consideración trata de recoger lo expuesto en la ponencia homónima presentada dentro del curso de verano de 2021 de la Universidad de Burgos, celebrado en la Biblioteca de Aranda.

Aunque asumir y entender el proceso de pérdida es algo luctuoso y amargo, es necesario porque es real y objetivo. La pérdida de los valores estéticos en forma de Patrimonio Histórico es algo objetivo, porque por un lado son hechos irrepetibles, y por otro porque la historia de un pueblo únicamente se puede recordar por sus restos físicos.

Pongamos como ejemplo Hiroshima, la ciudad japonesa devastada por una bomba atómica. El edificio más próximo al lugar de explosión que resistió la onda expansiva y demoledora, se protegió en ruinas como monumento en recuerdo del trágico suceso. Medio siglo después fue considerado por la UNESCO como Patrimonio Mundial de la Humanidad.

En un caso más cercano, contamos con una población como Belchite, en Aragón, que también se “encapsuló” tras la Guerra Civil; o, de orden natural y en otro contexto, las ciudades romanas de Pompeya y Herculano –en el sur de Italia– por quedar sepultadas por la lava del Vesubio.

Encapsular no es la solución general para el Patrimonio Cultural. De hecho, sucede en contadas ocasiones: que algo no se toque para que quede intacto en el tiempo. Lo más frecuente es que el Patrimonio Cultural que nos rodea sea algo vivo y habitado. Que se pinten las carpinterías de madera, que se revoquen las fachadas, se repongan las faltas y en definitiva, que las cosas respiren y vivan a lo largo de sus capacidades materiales, que suelen superar con mucho el lapso de vida humana. Con un correcto mantenimiento y remplazando partes dañadas, una construcción puede llegar a ser eterna.

Así, nos podemos ver dentro de un edificio como el panteón de Roma, con miles de años en sus entrañas, que ha sido mantenido y cuidado, con alteraciones mínimas, y que sigue en pie gracias al uso continuado e ininterrumpido.

La permanencia de un orden en las cosas, en el paisaje, en el territorio, es por tanto una decisión consciente, siempre que no haya una causa de desastre inevitable que pueda llevarnos a la situación contraria. El mantenimiento puede ir acompañado o no de transformaciones pequeñas, pero en esencia manteniendo el espíritu global.

El momento en el que se toma conciencia de la importancia de ese cúmulo de lugares o cosas que forman relatos, y que a su vez son la materialización del paso del tiempo es lo que hemos denominado Patrimonio, porque se hereda; Histórico y Cultural, porque son los conceptos que representan, como valores universales para la sociedad.

Precisamente, el concepto surge de la pérdida. Cuando ya se habían perdido muchas cosas, es cuando se despertó la sensibilidad necesaria para guiar hacia un estado social de conservación, de autoconciencia, de reflejo de nuestra sociedad en nuestras piedras, en nuestro origen.

Como valor es universal, y no caigamos en la trampa de que si alguien no lo considera así, deja de ser universal, porque la gravedad –como fuerza de aceleración que nos mantiene con los pies en la tierra– es universal, aunque no lo supiéramos hasta hace algo más de tres siglos. El Patrimonio Cultural es pues universal, porque su presencia nos remite a su origen, seamos o no conscientes de ello.

## CÓMO SE TRANSFORMA EL MUNDO.

Que el mundo se transforma es un hecho y es inherente al transcurrir del tiempo; sin embargo, que las transformaciones sean irreversibles o inevitables depende de las circunstancias.

Cuando se trata de mantener la autenticidad material de algo, si se destruye, es irreversible. Podemos producir una copia, podemos generar una réplica que asuma los valores formales e incluso materiales, o técnicos, pero no la autenticidad en términos absolutos. A veces vale la pena una buena copia, que la ausencia total, pero es mejor evitar tener que llegar a eso si se puede conservar el original.

Que una destrucción sea o no evitable nos lleva a analizar las causas. Los hechos naturales son inevitables: un terremoto, un volcán, inundaciones, u otros sucesos que puedan –por su magnitud o inmediatez– ser causa directa de destrucción o alteración.

Los hechos fatales, derivados del habitar y el uso de las cosas, como un incendio, la rotura física, o cualquier otro accidente son evitables sólo desde el plano teórico. Su fatalidad les acerca a las causas naturales; podemos plantear medidas paliativas si hay margen de reacción, como desalojar los bienes valiosos de las llamas, pero desde el punto de vista de la previsión, los convierten en inevitables, una vez que ocurren. Por eso en Patrimonio Cultural, las tendencias más recientes han trabajado sobre la prevención. Que a veces no evitan el desastre, pero pueden establecer protocolos muy necesarios para la

salvaguarda patrimonial en caso de que un infortunio se precipitase.

La tercera causa es la acción deliberada del ser humano, cuando media la intención en la destrucción de las cosas. Aceptamos que el mundo cambie sin preguntarnos si sólo puede cambiar de una manera. Pensamos que el dinero rápido es admisible, que el negocio está por encima de los acuerdos sociales. Y vemos que no. Que el equilibrio que imponen las normas de convivencia, o sea las leyes, es muy necesario.

No sólo en materia de acuerdos sociales o laborales, ni siquiera ya en un asunto como el Patrimonio Cultural, muchas veces relegado a un segundo plano, sino en cosas tan esenciales como el equilibrio con el Medio Ambiente, se demuestra la imperiosa necesidad de que la sociedad “ programe ” sus cambios.



*El cambio drástico de escala edificatoria es uno de los impactos que más afectan al conjunto urbano, como se comprende en este caso junto al final de la calle San Gregorio. Foto del autor, 2021.*

## ¿VIEJO O AUTÉNTICO?

Si los años del desarrollismo franquista fueron la gran “bomba de racimo” urbanístico de España, estamos en nuevo ciclo de dimensiones parecidas en las que todo lo que parecía superado, vuelve a imponerse.

¿Por qué hablar de “bomba de racimo” urbanística? Sencillamente porque la formulación económica

del país se reflejó en la sustitución de las viviendas españolas como gesto y símbolo de esa recuperación financiera, creciente tras el abandono de la autarquía. Una casa nueva, un piso con nuevos materiales y la estética del momento, que se podía producir industrialmente, dio lugar a una aspiración social en la medida de las posibilidades de cada escalafón.



*Uno de los escenarios que mantenía continuidad hasta hace poco era esta Travesía de Comadres. Las casas laterales ya no existen, y la que asoma a la izquierda al fondo tampoco. Foto del autor, 2010.*

Pero de esa época se generó un deseo de consumo irracional, de lo nuevo por lo nuevo. Lo viejo era algo despreciable, que el régimen consiguió asociar a la miseria de la Guerra. Se consolidó el concepto de Patrimonio de principios de siglo: los castillos, catedrales, iglesias, ermitas, santuarios, algún palacio simbólico, monumentos y ruinas; por supuesto en una escala en la que el siglo XX y parte del XIX ni se consideraba.

De esta manera, no se estimaron conceptos como los conjuntos urbanos, la importancia del contexto que el caserío otorga a esos hitos constructivos de nuestras localidades. Precisamente esa cualidad de conjunto es la que confiere la autenticidad a un lugar. Lo auténtico es aquello que nos suscita veracidad, profundidad en la conexión con aquello que se observa; una vinculación con otras épocas, que se ancla en el suelo y se desprende de la superficie al entrar en contacto con nuestra mirada.

Pocos cascos históricos de ciudades principales se conservan de manera integral o cuasi integral en España. Ya ni hablemos de paisaje circundante,

dado que –salvo pequeños pueblos acuciados por la despoblación– el término habitual es la expansión de todas las ciudades hacia sus afueras, con una arquitectura carente de diseño específico del lugar.

Esto produce el desagradable efecto de poder encontrarse en cualquier ciudad al percibir estos nuevos escenarios “vacíos” de identidad; algo que no pasaba antiguamente, pues cada arquitectura estaba adaptada en su diseño a los condicionamientos climatológicos, de soleamiento, materiales o tradiciones constructivas locales concretas de cada territorio. Eso que en el lenguaje actual denominamos “kilómetro cero” cuando queremos referirnos a la producción local, era extensivo a la forma misma de las construcciones.

Por eso, desde una perspectiva medioambiental, restaurar, reformar, o arreglar las ciudades que habitamos es además de un acto de autoconciencia y respeto al esfuerzo heredado, en forma de Patrimonio Cultural, la mejor garantía de encaminarse hacia ese equilibrio que en nuestro lenguaje contemporáneo denominamos sostenibilidad.

Hoy en día son muchos los profesionales, tanto desde la arquitectura como desde la construcción, que se interesan por recuperar los oficios tradicionales, métodos y fórmulas empleadas a lo largo de siglos, y que se demostraban a la postre optimizadas, bajo esa ansiada sostenibilidad.



*Detalle de la antigua casa de la calle Carrequemada n.º 4. Las claves de terracota con esas cabezas en altorrelieve se emplearon en la nueva edificación repartiéndolas indiscriminadamente por la nueva fachada. Foto del autor, hacia 2001.*

## LA ESCENA URBANA, IDENTIDAD SECULAR

Con las reflexiones anteriores, podemos detenernos a entender por qué los escenarios que conforman una población constituyen la identidad propia. Hay una buena parte de la identidad que sin duda reside en el idioma, o en las costumbres humanas que se transmiten colectivamente, pero esto tal vez defina más la idiosincrasia social y cultural que la sensación de arraigo. De hecho, parece lógico pensar que la idea de patria, o pertenencia a un lugar, tiene mucho que ver con el conocimiento de un sitio.

Una de las bases fundamentales del asentamiento humano es el reconocimiento del lugar. Conocer las características que posee nos permite adoptar costumbres, reiterar conductas, sentar hábitos, crear tradiciones... al fin y al cabo la tradición consiste en ritualizar mediante la repetición un hecho social o cultural.

Finalmente, aquel conocimiento del territorio da lugar a cartografías o mapas mentales comunes, que se pueden compartir porque parten de una experiencia real intercambiable, y entendible por otros individuos. Por ejemplo, las toponimias: aquellas formas de designar un punto concreto, una calle, una plaza.



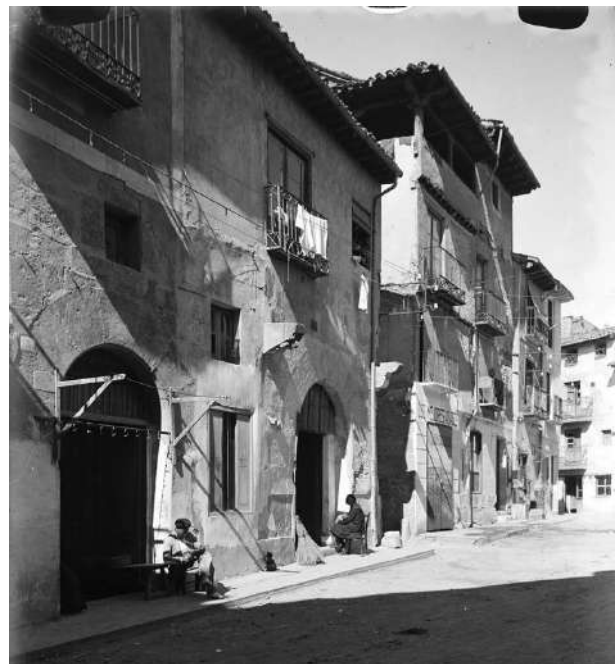
*Azulejo desprovisto de memoria. Recordaba un hecho en su lugar original. Una vez deslocalizado se ha roto la vinculación con lo que se quería recordar. Colección del autor.*

Eso que se comparte es la identidad, el conocimiento amplio de un lugar vivido. Si transportamos

ese reconocimiento propio a lo largo del tiempo y trasciende las vidas humanas, y pasa de generación en generación, consolida ese afán de pertenencia: somos lo que fuimos.

En atención a eso, cuando nos interesamos por la historia, ésta se materializa en nuestro espacio vivencial. Todo lo que no se plasma en algo físico, a la larga se pierde o se olvida. Por eso surgió la escritura, y consustancialmente empezó la historia.

Resulta un tema fascinante, porque todo esto es aplicable desde cualquier persona observando cualquier paisaje, cualquier piedra, o escenario. No hay nada nuevo, en realidad, el mundo es una amalgama que nos encontramos ahí cuando nacemos. Sin embargo, en cuestión de transmisión, podemos ser responsables de darle continuidad a ese cosmos o romper el relato.



*Fotografía de Otto Wunderlich de antes de la Guerra, clasificada como Aranda de Duero. El cambio radical de escenografía y la desaparición de los edificios históricos impide averiguar su ubicación. Ni siquiera sabemos si es Aranda o no. La pérdida es total. Fondo Fotográfico del Instituto Español de Patrimonio Cultural. Ministerio de Cultura.*

La importancia de las ciudades es que contienen en sí mismas una narración acumulativa de sucesos, que a estas alturas amasa la duración de siglos. Como la ciencia nace de la observación, imagine-



mos la cantidad de lecturas que atesora cada ciudad: arquitectónicas, demográficas, sociales, artísticas, comerciales, culturales, paisajistas, naturales, políticas el Patrimonio Cultural no es por tanto un campo reducido, ni un reducto de nostálgicos; es una fuente de información vastísima, que contiene las claves de lo que somos.

Todavía falta mencionar otra cuestión principal: la estética. Esto es algo complejo de desarrollar, porque la belleza es un tema mucho menos comprensible y más profundo. Aunque tiene que ver esencialmente con la cultura personal, hay una parte de asimilación identitaria: amamos con mayor facilidad aquello que conocemos, o nos resulta familiar.

El problema en España es que el concepto de qué es Patrimonio se ha quedado muy desactualizado, como se dijo al principio: aquella idea de Patrimonio Histórico-Artístico que apuntaba a hitos de la historia: catedrales, iglesias, palacios, grandes casas, castillos siempre predominando un lenguaje arquitectónico de gran calidad en lo compositivo y en lo material.

De hecho, cuántas veces se ha despreciado la arquitectura corriente, vernácula, la más común de todas, que lejos de la grandeza sin embargo tiene una capacidad de mostrarse en conjunto y contiene sabiduría intrínseca en su conformación.

Los conjuntos urbanos de nuestro país se han visto muy afectados, y son pocos los que mantienen su integridad. Suelen conservarse mejor aquellos lugares que no han tenido un auge de riqueza durante la segunda mitad del siglo XX, y excepcionalmente aquellos que se consideraron como conjuntos desde que surgió la noción de monumento. Por ejemplo: cascos históricos de Compostela, Gerona, Cáceres o Segovia, frente a otros –importantes– que sí fueron dañados parcialmente como Valladolid, Salamanca, o Granada, por citar algunos concretos. O muy dañados, como le pueda suceder a Lugo, Almería, Jaén o Ciudad Real, con monumentos de especial relevancia, en un contexto urbano muy deteriorado. Todos estos ejemplos son –entiéndase– escogidos sin ánimo de ofensa, y entre las muchas situaciones urbanas que se dan. Simplificar es arriesgado, pero cualquiera que conozca estas ciudades puede entender la problemática de conservación de los conjuntos urbanos. Y podríamos establecer una escala de

conservación en la que medir todas las capitales de nuestro país.



*Vista general de Peñaranda de Duero desde el castillo. La población ha preservado una identidad de conjunto y un paisaje circundante. Foto del autor, 2006.*

En cuestión de pequeños pueblos, villas y demás, son una buena parte los que han sido arrasados, conservando “sus monumentos” rodeados de arquitectura anodina. Es un gran problema porque no sólo se ha perdido esa trascendental fuente de datos que tratábamos antes, sino la posibilidad de que esos sitios sean considerados en su contexto cultural. Y más en esta época, en la que las personas buscamos –cada vez más– la satisfacción que proporcionan lugares históricos bien conservados; estos además son generadores de flujos turísticos, muy positivos en la economía y autoestima local, si están bien enfocados.

La cuestión que se plantearán en el futuro será en qué medida este hecho es reversible. Desde luego, a nivel de conjuntos históricos, se habrá de detectar los impactos negativos para planificar su eliminación. Pero antes deberá existir una conciencia ciudadana que sólo puede transmitir por medio de la educación. Aquella “instrucción pública” que Jovellanos entendía como la principal fuente de riqueza de las naciones.

## **EL MENGUANTE PATRIMONIO DE ARANDA DE DUERO.**

Veamos, tras estas digresiones genéricas, el caso particular de Aranda. Esta localidad no ha conservado un paisaje circundante como Peñaranda de



*Puente de Fuenteminaya, ampliado y desfigurado por sus dos caras. El entorno carece de la capacidad evocadora de lugar histórico, al contrario que el puente. Foto del autor, 2014.*

Duero, o Urueña, pero tampoco un casco urbano dentro del crecimiento, como en Burgos, donde la ciudad nueva ha rodeado por completo la ciudad histórica. En Aranda se ha transformado el paisaje y la propia villa histórica.

Con la intención de acompañar esta reflexión se ha situado sobre una fotografía aérea de Aranda la arquitectura histórica que pervive; no se ha distinguido entre su estado de conservación o de uso, pues el resultado sería significativamente más desastroso.

Para visualizar el impacto se ha dejado en blanco y negro toda aquella arquitectura ya sustituida y en color los edificios originales. El resultado es un gran vacío, moteado de restos que apenas consiguen construir un escenario urbano auténtico y continuo. Con dificultad, se consigue apreciar la Plaza Mayor –que sin embargo ha perdido varios edificios en la última década– o la Plaza del Trigo, que alcanza mínimamente la expresión de conjunto.

Desde el puente del Bañuelos mirando hacia San Juan, se consigue una de las pocas estampas paisajísticas históricas del perfil urbano. Quiero comentar –casi como nota al margen– que ni siquiera los monumentos principales están debidamente tratados: La torre de San Juan no es una torre almenada, como ahora se presenta con apenas tres merlones; en realidad, el remate original era ciertamente con una techumbre apoyada sobre los muros; en origen sería sencilla y con el tiempo, terminó convirtiéndose en el típico chapitel de la arquitectura de los Austrias, como se aprecia en imágenes antiguas.

En una de las excursiones organizadas por el curso de Patrimonio el año pasado se visitó la iglesia de San Esteban de Tórtoles de Esgueva. Si observamos su campanario, nos podemos hacer una idea de cómo pudo haber sido en origen el de San Juan. De igual manera podría compararse con la forma de remate de la vetusta torre del convento de Santa Sofía de Toro.

Hablamos de una torre, de un hito en el paisaje. Así es como se ha entendido el Patrimonio Histórico, como elementos principales aislados. No obstante, la descontextualización no puede ser más negativa para su contemplación y su disfrute. Los hitos “flotantes” en medio de espacios vacíos, irreconocibles, los arroja como objetos muertos, ajenos y extemporáneos.

Si acudimos a la vista de Aranda desde el allende, trazada finamente por Valentín Carderera a mediados del siglo XIX, nos damos cuenta de la esencia perdida, destrozada y difícilmente recuperable que tuvo. En primer lugar, la escala de las edificaciones, que permitían integrar un conjunto homogéneo, y consentir necesariamente asomar los hitos que mencionábamos.

En la perspectiva de Carderera se aprecia esa cualidad de aglomeración urbana, destacando la presencia central de la iglesia de Santa María, el torreón que marcaba el acceso al recinto amurallado y el puente.

Ese tipo de panorama es en sí mismo el reclamo que mueve al gran público a conocer esos lugares que sí se han conservado. No es sólo una cuestión económica del turismo. Es también un signo de amor propio. Aranda no se ha querido nada a sí misma, o no ha sabido quererse.



*Vista ortofotográfica de Aranda de Duero, señalando las edificaciones históricas que permanecían en pie recientemente. Se puede apreciar la falta de continuidad en el conjunto del casco urbano de la villa. Elaboración del autor, 2020.*

Desde luego, no ha sabido nunca reivindicarse ni aprovechar su potencial como villa histórica desde la Edad Media. Por ejemplo: en el mismo curso de verano, el relojero Daniel Sanz Platero daba a conocer una relación de campanas concejiles en torres de ayuntamientos o iglesias de toda Castilla.

Entre las más antiguas conservadas en Castilla figuraba en la relación de Sanz la campana concejil de Santa María, la del reloj que daba las horas antaño a toda Aranda, de hacia el año 1300.

Pues bien: esa campana ya no suena, ya no se hace sonar. ¿Se ha planteado alguna vez el Ayuntamiento de Aranda poder ofrecer como reclamo público, como Patrimonio Inmaterial, el escuchar tañer una campana con más de siete siglos de existencia? ¿Cuántos pueblos podrían ofrecer algo semejante?

El mismo entorno de Santa María languidece con una casa blasonada –en la que recuerdo el videoclub cuando yo era pequeño– derribada desde



*Vista de Aranda de Duero, en 1847, por Valentín Carderera. Museo Lázaro Galdiano.*



Fachada frente a Santa María del antiguo Hotel Ulloa, cerrado desde hace largos años. Foto del autor, 2010.

hace años y con un único muro de fachada indultado, que va camino del desplome y la desaparición. Ningún esfuerzo se ha hecho en varias décadas para hacer un proyecto cuidado, respetuoso y que ponga en valor el conjunto.

El auténtico hotel Ulloa podría ser un coqueto alojamiento de calidad si se rehabilitase el edificio, pero ¿quién va a querer pasar una noche siquiera en Aranda, si todo lo que hay que ver se puede visitar en un par de horas?

O el cine de la ribera, interesantísimo edificio de diseño racionalista, en un estado de deterioro y mantenido en uso por los pelos, con un colectivo ciudadano que lo reivindica, pero sin un futuro cierto. Qué imagen da un pueblo –que se ha hecho ciudad– que carece de una apuesta cultural comprometida y potente. No se puede ser capital de nada sin cultura.

El caserío, que da sensación de conjunto, ya se ha relatado –porque al final es el hilo conductor– lo amenazado que está, y que también va desapareciendo por goteo, poco a poco.

¿Y qué hay del patrimonio industrial, que nos habla de la etapa de desarrollo de Aranda desde el siglo XIX? Ahí tenemos la azucarera, un contenedor impresionante, que en Berlín sería un polo de actividades, y seguramente de los principales, con el tamaño y las posibilidades que ofrece. En este caso a escasos metros de la estación “Chelva” del Valladolid-Ariza, que desde hace años se salvaguar-



La antigua azucarera arandina sería un pecado perderla. Realmente podría ofrecer un espacio cultural no sólo a Aranda, sino a todos los pueblos de alrededor. Foto del autor, 2021.

da como museo del ferrocarril, gracias a los esfuerzos altruistas de la asociación arandina de amigos del ferrocarril.

Resumidamente, Aranda va perdiendo en una continua erosión silenciosa su identidad secular, su memoria y su esencia histórica. Lo poco que queda se va deslavazando y las expectativas son demoleadoras, nunca mejor dicho. Sería imprescindible una toma de conciencia ciudadana y una exigencia a los políticos.

## LAS PÉRDIDAS INEXCUSABLES

Si hacemos un repaso de los edificios monumentales destruidos, de esos que deberían haberse conservado para conformar un corpus de ciudad histórica, se nos pueden poner los pelos de punta. Por ejemplo, los edificios monásticos. No queda un solo convento o monasterio histórico de los que hubo en Aranda.

Es cierto que el daño comenzó muy antiguamente, casi desde los tiempos de la invasión napoleónica, pero el remate llegó durante el franquismo, en el que la especulación inmobiliaria terminó por arrasar los muy importantes restos del monasterio dominico tardomedieval del ‘Sancti Spiritu’. Con retablo mayor y un sepulcro atribuidos a Juan de Juni, habría sido un estandarte señero en la historia del arte arandino junto a la fachada de Santa María. Por desgracia esto no ha sido así, y hoy los restos de los restos se hallan esparcidos entre la arboleda de

la Virgen de la Viñas, y algunas tablas del retablo dispersas por la iglesia de la Vera Cruz, o la estatua de Santo Domingo en la capilla del Hospital de los Reyes (también destruido). Queda, no obstante, un muro de sillería en unas naves agrícolas abandonadas, que podría ser puesto en valor, a la par que estudiado el estrato arqueológico bajo las mismas, pues por su posición debieron ser parte de la misma iglesia desaparecida.



*Vista de las imponentes ruinas del Sancti Spiritu al otro lado del Duero. Foto: Archivo Máximo López, publicada en el Diario de Burgos.*

También perdido a partir de la desamortización, el convento de San Francisco, junto al colegio de la Vera Cruz, quedaban restos de su templo que paulatinamente fueron borrados, sin haberse tampoco estudiado arqueológicamente. La actual iglesia de la Vera Cruz era una parte del convento, y lo único que permanece en pie.

Los conjuntos monásticos franciscanos y dominicos fueron los más perjudicados de las órdenes

religiosas, pues al ser órdenes mendicantes fueron completamente abolidas, quedando en su mayoría abandonados o destruidos. En algunos de los conjuntos franciscanos, permanecieron en pie partes, gracias a la orden tercera de seculares, que siguieron en uso.

De desaparición prematura también fue el convento de San Antonio, que estaba junto al de San Francisco y del que, según el plano de Madoz y Coello (ca. 1868), todavía quedaba en pie la iglesia por entonces.

Otros edificios religiosos desaparecieron ya en el siglo XX, y no por exaltaciones antirreligiosas, sino de nuevo por abandono e incultura. Así el convento de las monjas bernardas, con iglesia de presunta importancia hacia la calle Isilla, y ocupando lo que hoy es la Plaza de la Constitución y varias casas más hasta el callejón de las monjas (como se ve, la toponimia refleja precisamente lo que allí hubo), fue derribado en la posguerra, en pleno auge del nacionalcatolicismo; lo que demuestra que el Patrimonio Cultural siempre peligra cuando la incultura y los intereses económicos particulares y desequilibrados prevalecen sobre los intereses generales y un estado de amor propio.

Durante el franquismo también se derriban la ermita de la Virgencilla –sin más necesidad que dejar paso a una plazoleta insulsa– y la ermita de San Lorenzo, que aparece intramuros ya en el plano de 1503, contando con una talla de antigüedad considerable. Son arquitecturas perdidas para dar lugar a vacíos urbanos desmemoriados.



*Comparativa entre el pasado (el palacio de los Obispos de Osma) y la actualidad. Fotos: Diario de Burgos y del autor.*

Por su parte, el palacio de los obispos de Osma, en la plaza de la Feria, del Palacio, o actualmente Jardines de Don Diego, que fue durante largo período colegio de los claretianos y que contaba con una enorme huerta colgante sobre el río Arandilla y el Duero, fue devorado con ansia por la especulación, dando lugar al conjunto de bloques menos agraciado de Aranda, y que arruinan su fachada fluvial, a tal punto, que el río en esta parte es ajeno al núcleo urbano.



*Contraste entre las ruinas de la iglesia medieval de San Francisco, actual fachada de la Vera Cruz, y el bloque de viviendas que ocupa parte del antiguo solar de la iglesia. Foto del autor, 2017.*

Imaginemos por un momento que no se hubiera demolido, que hubiese sido sede del Ayuntamiento y sus magníficos jardines, un refrescante lugar de paseo y disfrute de los arandinos. Eso sería cuidar la calidad de vida, la memoria histórica del pueblo, y optimizar los recursos comunes. Pero no. Es un lugar desaprovechado, destrozado y que genera un espacio urbano al que simplemente nadie va, porque no es agradable. Quizás de todas las pérdidas relativamente recientes en Aranda, esta es la más desgraciada de todas.

Tampoco ayuda el contexto de los Jardines de Don Diego, pues prácticamente casi todos sus edificios encantadores han sido sustituidos por enormes bloques. El Hotel Ibarra, bien como hospedaje, bien como viviendas, habría sido una dignísima fachada decimonónica para este entorno.

Nada de esto queda. Y son daños de profundo calado, y de los que aunque no seamos conscientes,

una vez que los conocemos nos damos cuenta del continuo maltrato que hemos infligido a nuestro entorno de convivencia, a nuestro pueblo, a nuestra Aranda.

Si el ser humano fue capaz de alcanzar las mayores cotas de excelencia y desarrollo intelectual y artístico, es la codicia irreflexiva del mismo ser humano la que ha destruido todo eso: la modernidad mal entendida.

## HACIA EL FUTURO: ¿QUÉ POSIBILIDADES LE QUEDAN A ARANDA?

Lo primero que debería frenar el Ayuntamiento es la desaparición de más piezas históricas. Debería definirse un ambicioso catálogo de elementos protegidos que amparase no sólo elementos principales, sino también de conjunto, desde la materialidad y la autenticidad; y que fuese más allá, intentando recuperar el perfil desaparecido en el entorno histórico, definiéndose también impactos negativos y estrategias futuras.

El catálogo actual sólo entiende que deben protegerse los hitos como obras integrales. Pero no ampara la conservación de la arquitectura tradicional, ni siquiera como conjunto histórico. De ahí el resultado. Pero es que, si acudimos al catálogo actual, encontraríamos con estupor que la capilla de San Gil, en el antiguo cementerio, conservada hasta hace unos diez años, gozaba de protección integral, lo cual no ha impedido su completo derribo. A día de hoy, la capilla sigue constando en el catálogo de bienes “protegidos” de Aranda, documento que fue revisado en 2020: años después de su demolición, sigue figurando como elemento “protegido”.

Sin duda, lo peor son algunas aberraciones, como proteger sólo las bodegas y elementos sueltos, como escudos, o pilastras de soportales, entendiendo el patrimonio urbano como una cuestión objetual —piezas que pueden estar en una fachada o en una vitrina de una exposición— y no como una cuestión esencial, de conjunto, de percepción y con la fuerza transmisora de la autenticidad.

La Constitución Española, en su artículo 46 no se limita a establecer como obligación de las autoridades que protejan el Patrimonio Histórico, sino que también lo enriquezcan. Esa labor proactiva la

necesita Aranda como las viñas necesitan agua, tierra y sol. Es necesaria una reversión de los procesos erosivos y patológicos hacia el conjunto. Eso pasa por cuidar la normativa, estimular la conservación, y fomentar las técnicas constructivas tradicionales. Albarracín, en Teruel, es el perfecto ejemplo de localidad que ha resurgido sobresaliente sobre muchos otros pueblos, por su apreciación de su propio Patrimonio Histórico y su puesta en valor.

Las sustituciones de los edificios con protección ambiental se permiten en su totalidad, bastando que el nuevo edificio “recuerde” al anterior con un parecido compositivo, que no material y esencial, por lo que el “efecto Exin Castillos”, o arquitectura de juguete, invade y se apodera de la estética del pueblo, con una escasa calidad y participando de las agresiones al patrimonio, aunque en clave farandulera; como si se pudiera engañar al ojo con la rigidez e impostura de esas edificaciones nuevas, vestidas –o disfrazadas– de supuestos rasgos de arquitectura tradicional.



*Casas en la calle Cascajar, donde estaban los Mármoles de la Higuera, actualmente derribadas. Foto del autor, 2010.*

Aparte, otro aspecto fundamental para la Memoria de Aranda sería la implementación del archivo municipal seriamente: que no fuese un almacén de papeles, sino que fuese plenamente accesible al público y los investigadores. Además, que contase con una sede propia que aprovecharse para eliminar algún impacto negativo, como el discordante edificio abandonado en la esquina de la calle de San Juan con la plaza de los Tercios. Junto a la parroquia principal, sería un magnífico lugar para plantear

una sede de archivo y documentación urbana e histórica de Aranda.



*Imponente lienzo de una de las torres de Puerta Nueva. Se conservó como parte del caserío. Foto del autor, 2010.*

Algunas de las acciones que podría llevar a cabo el Ayuntamiento para poner en valor restos patrimoniales de interés, podría ser sobre la antigua muralla y el lienzo de la torre de la Puerta Nueva, en la calle Barrionuevo. El solar donde se encuentra, convertido en un aparcamiento temporal, podría ser intervenido por el consistorio recuperando la lectura de ese lugar y dando una solución digna de espacio público. Se me ocurren muchas formas de hacerlo, pero todas pasarían por una restitución volumétrica con aprovechamiento del suelo intramuros para una pequeña edificación a tal efecto, y un espacio libre ajardinado extramuros para apreciar la significación del lugar.

De igual manera, creo fundamental la actuación sobre uno de los elementos representados por Carderera: el puente sobre el Duero. Es un elemento paisajístico esencial y absolutamente maltratado durante el último siglo.

Los ríos en general han sido mal vistos durante siglos como lugar de deshechos, contaminados y abandonados. Pero ciertamente en los últimos años se ha logrado poner en valor los espacios fluviales, y en el caso de Aranda es una de las zonas que sí se ha cuidado algo más, pero no del todo. En los últimos años sí se ha tratado de mejorar la margen contraria, tratando de establecer un camino de ribera y conectando puntos.

Sin embargo, no se ha propuesto ninguna actuación sobre el puente histórico que mejore su deteriorado aspecto. Ahora el puente sólo sirve para pasar, pero no se ha considerado en su verdadera importancia.



*Vista inferior del puente sobre el Duero. La desafortunada ampliación de tablero, pensada desde la perspectiva del tráfico, desfigura lamentablemente el puente, que debería ser rehabilitado a su forma original. Foto del autor, 2010.*

El puente es una de las piezas que podría ser recuperada con alguna estrategia de apaciguamiento del tráfico: ya no da servicio a una carretera nacional, y hay otro puente próximo que podría suplir la carga principal de acceso rodado, dejando el histórico para un solo sentido, recuperando su perfil origi-

nal y retirando tanto los añadidos de tablero como las tuberías que lo atraviesan y desfiguran.

Una correcta actuación de restauración podría devolver al pueblo la silueta y figura de aquella construcción que –por si fuera poco– es la esencia de su motivo heráldico.

Por último, no debería dejar perderse dos casas históricas como son el palacio de los Berdugo, cuya plaza estaría muy necesitada de una intervención de recuperación patrimonial, con una escenografía recuperable; el maltrecho rollo de esa plaza podría ser objeto de una intervención más adecuada. Y la otra casa histórica sería la de Don Diego Arias de Miranda, cuyo contenido es historia viva de Aranda.

Actualmente la única propina que parece que va a recibir el Patrimonio Cultural arandino es la recuperación del sentido acuático del monumento a Don Diego, tantos años olvidado y convertido en soporte floral. Lástima que no se acompañe con una restauración adecuada de los propios jardines circundantes, diseñados por el mayor estudioso de jardinería española, Javier de Winthuysen; y que fueron objeto de una investigación que ya contamos en el número 31 de *Biblioteca*.

Trabajemos, concienciémonos, y hagamos que el Patrimonio Cultural no siga siendo esa asignatura pendiente en las estrategias municipales. Exijamos Patrimonio Cultural: es nuestro pasado y nuestro futuro.



*Dedicado a mi abuela, Peque, y sus hermanas Carmen y Lola, las tres arandinas que para mí representan mi vínculo emocional más fuerte con Aranda.*





Aranda de Duero  
2021

